

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 9. LA FAMILIA, ESPERANZA DE LA MISIÓN DE LA IGLESIA

1) INTRODUCCIÓN	1
2) LA PALABRA Y LA IMAGEN	2
3) FAMILIA, ¡TÚ ERES GOZO Y ESPERANZA!.....	3
4) RECAPITULANDO	4
5) CONCLUSIÓN.....	5
6) CONCRETANDO	5
7) PRÁCTICA FAMILIAR	5

1) Introducción

Tras haber considerado la familia como raíz de la esperanza de la sociedad y a la Virgen María como fontana vivaz de esperanza, concluimos este tercer tríptico del curso, afrontando una última pregunta: la familia, ¿en qué sentido es la esperanza de la Iglesia?

La pregunta va unida a otras como estas: ¿qué esperanza aporta la familia a la Iglesia? o bien ¿la esperanza de la Iglesia tiene que ver con la esperanzas de las familias? En relación con ello, el ensayista y dramaturgo inglés T.S. Eliot, se preguntaba en una de sus obras más enigmáticas *Los coros de la Roca* lo siguiente: ¿Es la humanidad la que ha abandonado la Iglesia o es la Iglesia la que ha abandonado a la humanidad? Podríamos parafrasear a Eliot y preguntarnos: ¿es la familia la que ha abandonado a la Iglesia o es la Iglesia la que ha abandonado a la familia? Son preguntas provocadoras, pero que pueden ayudarnos a pensar, pues en la época posmoderna y poscristiana que vivimos, la pregunta de cómo ser cristiano y vivir como familias católicas se torna cada vez más urgente y más difícil, al mismo tiempo que la Iglesia encuentra una creciente dificultad en su modo de presencia en sociedades donde Dios ha sido expulsado del espacio público.

San Juan Pablo II, en la conclusión de la exhortación apostólica postsinodal *Familiaris consortio*, afirmó: “El futuro de la humanidad se fragua en la familia” (FC n. 86). Más de veinte años más tarde, el 28 de junio de 2003, el Papa de la familia publicó la exhortación postsinodal *Ecclesia in Europa*, fruto del sínodo sobre Europa celebrado en Roma de 1 al 23 de octubre de 1999. Ya el año 1991, tras la caída del muro de Berlín, se celebró otro sínodo sobre Europa, en el que se invitaba a una nueva evangelización del Viejo continente. En *Ecclesia in Europa*, la perspectiva dominante es la de la esperanza. Jesucristo, vivo en la Iglesia, es fuente de esperanza para Europa, inmersa en una profunda crisis de identidad. Volver a proponer a Cristo como único e indefectible fundamento de la verdadera



esperanza es uno de los motivos del documento. La crisis de esperanza que asolaba a Europa en los inicios del tercer milenio, no parece que haya cesado de crecer.

Para anunciar el Evangelio de la esperanza a Europa, el documento toma como guía el libro del Apocalipsis, “revelación profética” que abre a la comunidad creyente el sentido oculto y profundo de las cosas que acontecen (*Ap* 1,1). La exhortación afirma: “El Apocalipsis contiene un aliento dirigido a los creyentes: más allá de toda apariencia, y aunque no se vean todavía los efectos, la victoria de Cristo ya ha acontecido y es definitiva. De ahí la orientación a situarse frente a las vicisitudes humanas con un comportamiento de fundamental confianza, que brota de la fe en el Resucitado, presente y operante en la historia” (n. 5).

La pérdida de la memoria y de la heredad cristiana acompañan a un agnosticismo práctico y a un indiferentismo religioso, que alimentan el avance del secularismo, que presenta el cristianismo como un puro vestigio del pasado. El debilitamiento de la memoria promueve temor e incertidumbre hacia el futuro. La fragmentación de la existencia va emparejada a la experiencia de la soledad que padecen tantas personas.

Aun con todas las dificultades, en el corazón del hombre habita una insuprimible nostalgia de esperanza. Ningún ser humano puede vivir sin esperanza alguna. Tanto menos la Iglesia que vive en la espera del Reino que viene y que ya está presente en este mundo. Particularmente el testimonio del martirio es un signo de gran esperanza para la Iglesia. Los mártires y los santos son una encarnación del evangelio de la esperanza. Los santos son, de este modo, fuente inagotable de esperanza, también para nuestro tiempo. Como afirma *Lumen gentium* n. 50: “Mirando la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la ciudad futura (*Hb* 13,14; 11,10) y al mismo tiempo aprendemos el camino más seguro por el que, entre las vicisitudes mundanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo o santidad, según el estado y condición de cada uno. En la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo (*2Cor* 3,18), Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro. En ellos Él mismo nos habla y nos ofrece un signo de su reino, hacia el cual somos atraídos poderosamente con tan gran nube de testigos que nos envuelve (*Hb* 12.1) y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio”.

2) La Palabra y la imagen

Escuchemos ahora junto la Palabra de Dios:

“Y me mostró un río de agua de vida, reluciente como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de su plaza, a un lado y otro del río, hay un árbol de vida que da doce frutos, uno cada mes. Y las hojas del árbol sirven para la curación de las naciones. Y no habrá maldición alguna, Y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le darán culto. Y verán su rostro, y su nombre está sobre sus frentes. Y ya no habrá más noche, y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos (*Ap* 22,1-5).



Con estas palabras San Juan nos describe cómo la creación se convertirá en un nuevo paraíso, en la comunión perfecta entre Dios y los hombres. Las expresiones “agua de vida” y “árbol de vida” (*Gn 2,10; Ez 47, 1-12*) aluden a una fecundidad vital de alcance universal. En toda la Escritura, comenzando por la historia del paraíso, el agua y el árbol son símbolos de la vida. La vida de los bienaventurados queda caracterizada a la vez por el símbolo de la ciudad, que nos habla de una elevada forma de vida comunitaria, y por el símbolo del jardín o paraíso que habla de la belleza de la vida reparadora a la sombra y al fresco en la vercosa y florida creación de Dios.

Del trono de Dios y del Cordero fluye el agua de la vida que pasa a toda la comunidad de los perfectos. La vida divina se simboliza por la luz que envuelve gloriosamente a toda la humanidad. De este modo, la ciudad de Dios no es solamente una ciudad verdaderamente nueva, esplendorosa y magnífica, sino que también es la ciudad de la vida, donde brota abundante agua. El río de agua viva, que brota del trono de Dios y del Cordero (*Ap 22,1*), es uno de los más bellos símbolos del Espíritu Santo (CEC n. 1137).

La visión de Dios es la gran meta de los bienaventurados y constituye su más profundo gozo. El nombre de Dios que llevan en la frente recuerda que pertenecen a Dios para siempre. La Iglesia como Jerusalén celeste se describe con los rasgos de una novia, de una esposa, la Esposa del Cordero (*Ap 20,9*). En ella se realiza la figura nupcial que encontramos desde el principio hasta el fin de la revelación bíblica. La Ciudad-Esposa iluminada desde dentro por la presencia de Dios y del Cordero vive en una plena comunión entre todos sus miembros.

3) Familia, ¡tú eres gozo y esperanza!

Con motivo del primer Encuentro mundial de familias, celebrado en Roma en octubre de 1995, San Juan Pablo II hizo memoria de la pregunta del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia: “Iglesia, ¿qué dices de ti misma?” La constitución dogmática sobre la Iglesia ofrecía un germen de respuesta: *Lumen gentium*, Luz de los pueblos. La Iglesia es luz de los pueblos porque porta consigo el anuncio del Resucitado, el anuncio de una vida que colma plenamente todas las aspiraciones humanas. El Papa de la familia tuvo la genialidad de trasladar la misma pregunta a la familia: “Familia, ¿qué dices de ti misma?”. La respuesta del Concilio se ofrece en el comienzo de la constitución pastoral sobre la Iglesia *Gaudium et spes*. La familia es gozo y esperanza. Al día siguiente, el Papa completó la respuesta: “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (GS n. 1). Cada uno de nosotros puede atestiguar que la experiencia humana de la familia contiene gozos y tristezas. La esperanza podría representarse como un hilo que entreteje toda la vida familiar, y que termina uniéndolo con el destino.

De este modo, la pregunta por la Iglesia y la pregunta por la familia son inseparables. En efecto, existe una profunda relación entre la gran familia de la Iglesia y la pequeña Iglesia (*ecclesiola*) que es la familia. Enseñar a vivir a la familia como una Iglesia doméstica ha de ir inseparablemente unido a mostrar de modo



más nítido a la Iglesia como una gran familia. Una y otra se necesitan mutuamente y están llamadas a crecer juntas, a alimentar mutuamente sus esperanzas.

Y es que si en *Redemptor hominis* n. 14 San Juan Pablo II afirmaba que el camino de la Iglesia es el hombre, en la *Carta a las familias* afirmaba: “Entre los numerosos caminos, la familia es el primero y el más importante. Es un camino común, aunque particular, único e irreplicable, como irreplicable es cada hombre, un camino del cual no puede alejarse el ser humano” (n. 2). La afirmación de la familia como primer y fundamental camino de la Iglesia nos enfoca a la imagen del camino, que es afín a la virtud de la esperanza, como la virtud más propia del caminante. Estamos invitados, pues, a contemplar a la Iglesia caminando en las familias, y a las familias caminando en la Iglesia.

4) Recapitulando

Al final de este nuevo curso, podemos repasar el camino recorrido para atesorar lo aprendido, y retenerlo para el futuro. Vivimos inmersos en una particular crisis de esperanza, pues los acontecimientos históricos que vivimos no carecen de oscuridad y dramatismo. La tentación de caer en una desesperanza no es teórica, sino muy real en muchos de nuestros contemporáneos y en nosotros mismos. El desaliento, el desánimo, el enfado, la queja, la rebeldía, el derrotismo, el pesimismo son monedas corrientes en los entornos que vivimos.

Nuestro itinerario ha buscado encontrar los diferentes rostros de la esperanza en la realidad que vivimos. Así, en el primer trimestre nos detuvimos en la esperanza conyugal, en la esperanza generativa y en la esperanza educativa. Tres dimensiones fundamentales de nuestra vocación al amor en el matrimonio que está llamado a generar una familia educando a los hijos y transmitiéndoles el aliento de una vida grande, llena de la esperanza que proviene de Dios y se apoya en Él.

En el segundo trimestre nos adentramos en tres experiencias en las que brota la esperanza del matrimonio y la familia: el perdón, el trabajo y la fiesta. Perdonar, trabajar y celebrar son tres acciones que se entrelazan en nuestro vivir cotidiano y que pueden componer tres hilos en los que ir entretejiendo una esperanza con fundamento. Porque como recordaba San Agustín, hay algo peor que vivir en la desesperanza y es vivir una esperanza sin fundamento, una esperanza vana e ilusoria.

Finalmente, en este último trimestre hemos “visitado” tres lugares primordiales para vivir nuestra esperanza: la sociedad, la Virgen María y la Iglesia. En estos espacios se contienen multitud de semillas de esperanza, que hemos de aprender a cultivar para que podamos vivir una gran esperanza. Es, pues, necesario, aprender a reconocer los ambientes donde puede germinar y crecer la esperanza teológica, pues sin ellos nuestra esperanza se torna vana.

Como hemos podido ir viendo, la esperanza tiene que ver con el futuro. En este sentido, está estrechamente vinculada a la temporalidad, pues el hombre no posee nunca su ser por entero. Vivimos en una permanente tensión desde el pasado, en el presente y hacia el futuro. La vida humana está llena de esperanzas que la van coloreando a lo largo del tiempo. Todas ellas se van entretejiendo a lo

que podríamos denominar la gran esperanza, la comunión definitiva con Dios y con los demás.

5) Conclusión

El tema de este curso vino motivado por la intervención del P. José Granados en el que constataba cómo la pandemia había turbado nuestra vivencia del tiempo. De tal modo que la pandemia nos ha hecho más pasivos ante cuestiones concretas que afectan a nuestra vida cotidiana familiar. La pregunta que surgía era la siguiente: ¿seremos pasivos ante el futuro o seremos capaces de contribuir a que el futuro florezca? ¿qué futuro está a nuestra alcance?

La virtud de la esperanza nos otorga una fuerza motriz para obrar que supera la mera espera pasiva. Lejos de confundirse con la ideología del progreso, la esperanza nos hace madurar como personas, nos concede impulso para vivir de modo excelente y construir un vida común grande.

El filósofo francés Fabrice Hadjadj comenzaba así una recolección de intervenciones orales convertidas en libro: “Puesto que todo está en vías de destrucción, mirad qué hombres debéis ser...” inspirado en 2 P 3,11 en la que el apóstol San Pedro nos exhorta a una vida santa. En la introducción de esta breve obra distingue, siguiendo a otro filósofo francés Jacques Derrida, futuro y porvenir. El primero remite a lo que será a partir de lo que ya es, se conjetura como el desarrollo de un germen. El porvenir, en cambio, remite a lo que será a partir de lo que será, y nos entrega al horizonte de lo inesperado y del acontecimiento. Así es la muerte o el amor, advienen. Cuando los judíos traducen el Nombre de Dios por “Yo seré el que seré” (Ex 3,14) sugieren que Dios no está en el futuro de nuestras previsiones, porque es el provenir absoluto. Hadjadj relaciona la distinción entre futuro y provenir asociándola a la diferencia entre fabricación y nacimiento. Este último es del orden del porvenir, es el acontecimiento de alguien, de otro rostro que no es una cosa más entre otras, sino que ilumina todas las cosas como si fueran nuevas bajo su mirada.

La esperanza aúna futuro y provenir. Lo que va con lo que viene, pues lo que va ha de estar abierto a lo que viene. Hemos aprendido mejor que nuestra vida no está encadenada a un programa preestablecido, enseñándonos a vivir la sorpresa del porvenir, el acontecimiento de Aquel que viene, la presencia que brota del otro y nos conduce hacia el encuentro y nos permite vivir y construir una verdadera comunión.

6) Concretando

1. ¿Qué te parece la provocación de T.S. Eliot?
2. ¿Qué esperanzas suscita la Iglesia en tu familia?
3. ¿Qué esperanzas aportan las familias a la Iglesia?
4. ¿Qué caminos y prácticas crees que nos pueden ayudar más para crecer en la esperanza en los tiempos que vivimos?

7) Práctica familiar

Organizar y llevar a cabo una peregrinación o romería, en clave de esperanza (*homo viator*).